

con nuestro pequeño trabajo hemos querido pagar una deuda de nuestro corazón, á la memoria del que fué nuestro Padre en Jesucristo.

Esta franca manifestacion de nuestros sentimientos, y la sincera confesion de nuestra pequeñez é insuficiencia para trazar dignamente un cuadro histórico de la vida y virtudes de nuestro nunca bien llorado Pastor, dejan preparado el lienzo en que un pincel diestro dé los colores y perfiles con propiedad; á fin de que la noble imágen, que en bosquejo aquí dejamos, pueda un dia llegar á los dignos sucesores del Ilustrísimo Señor Peña, y les sirva como de un recuerdo constante, para que de la misma manera que él apacentó su rebaño, así ellos lo edifiquen con sus virtudes cristianas.

Despues de haber dado un testimonio público de gratitud al Pontífice insigne que forma el objeto de este *Rasgo Biográfico*, nos queda la dulce esperanza de haber alcanzado grabar un sentimiento purísimo de respeto y de admiracion, en todos los fieles de Zamora que conocieron y trataron á tan Ilustre Padre cuya memoria pasará sin mancha á las generaciones venideras: este es el objeto que nos hemos propuesto desde la primera página de este pequeño libro; si no lo hemos conseguido á pesar de nuestros desvelos, nos queda tiempo para llorar sobre el sepulcro de nuestro Padre, y para contemplar sobre la losa que cubre sus queridos restos, las verdades contenidas en estas divinas palabras con que hemos comenzado y hoy terminamos nuestros trabajos literarios é históricos: *El hombre nace y se marchita como la flor, huye como la sombra y en el mismo estado no permanece jamás.*

PRESBÍTERO IGNACIO AGUILAR.

ULTIMOS DIAS

Del Illmo. Señor Obispo

DR. D. JOSE ANTONIO

DE LA PEÑA Y NAVARRO.

Nuestra mano trémula por la fuerza del dolor mas acervo; nuestros ojos sin luz, por las lágrimas que brotan y caen sobre nuestros labios ardientes; nuestro corazón comprimido y ahogado en la hiel y amargura de una orfandad nunca bien llorada; en fin, llenos de luto y de quebranto trazamos estas líneas en memoria del triste y lamentable dia 13 de Julio del corriente año, en que se extinguió la preciosa vida del Pastor solícito, del Padre tierno y amoroso, del primer Obispo de la Diócesis de Zamora el Illmo. Sr. Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro.

Al hacerlo así, buscamos tregua al dolor, consuelo al llanto y alivio á los crueles pesares con que hoy se vé affigida esta Santa Iglesia. Ajenos á aspiraciones poco honrosas y extraños á todo innoble sentimiento, venimos á mezclar nuestras sentidas quejas y nuestras abundantes lágrimas, con las de todos los que al borde del sepulcro lloran y gimen la inmensa pérdida, causada por la muerte del Ilustre Prelado.

Mas, téngase presente que nuestro intento vá dirigido tan solo á reseñar algunos acontecimientos, que no deben dejarse pasar en silencio; pues su alta importancia en la vida del

Insigne Obispo que acaba de espirar, es un motivo mas, que debe tener la Diócesis, para guardar en perpetua memoria las sublimes virtudes cristianas, que le adornaron y le hicieron acreedor á la gratitud y respeto de todos los fieles.

El 2 de Junio próximo pasado, el Illmo. Sr. Peña determinó salir de esta ciudad de Zamora, y permanecer algunos dias en el pueblo de Santiago Tangamandapeo, su pais natal, para restablecer su salud muy quebrantada, tanto por la temperatura, como por las continuas tareas de su sagrado ministerio.

Era una hermosísima mañana velada por nubes sonrosadas y suavemente teñidas de sombra parda; el sol se ocultaba á veces, pero dejaba escapar sus rayos sobre las copas brillantes de árboles hermosos que adornan las sementeras inmediatas á la ciudad. El relox de Catedral sonaba pausadamente las seis, cuando un coche *prestado* recibia al virtuoso Obispo de la Diócesis. Un familiar y un solo vecino (1) acompañaban al enfermo que se dirigia al pueblo referido. Entre tanto, la humilde servidumbre montaba otro carruaje con el mismo destino.

Apenas habia salido de la garita del Poniente, cuando el Presb. D. Ignacio Aguilar, canónigo de esta Sta. Iglesia, alcanzó el coche en que iba el Prelado; y al llegar al punto de los *Ahuacates* bajó el Illmo. Señor para recibir el aire puro del campo y ver correr las cristalinas aguas de aquella asequia que riega una gran porcion del terreno cubierto de trigo y maíz. Allí estaciado con la belleza de la naturaleza levantó sus ojos al cielo y bendijo los trabajos de los labradores. ¡Qué hermoso país

(1) El Sr. D. Manuel Orozco.

el de Zamora! . . . ¡Cuán rica, decia, y cuán digna de mejor suerte es la tierra de nuestros mayores! . . . Desde allí vió por última vez la cordillera y sus miradas se fijaron sobre el *Curutarán* y las montañas que dentro de pocos dias recibirian el eco del llanto y del dolor. . . !

Despues de una pequeña dilacion, llegó el coche de la familia. . . . El cuidado y solicitud de un amoroso padre se dejó ver ahí; pues examinando si iban cómodamente sus compañeros de viaje, volvió á montar en el coche que mas adelante dejaría.

El pueblo de Santa Mónica Ario, salió en masa á recibirle y suplicarle se dignara permanecer algunas horas de descanso; pero no pudo obsequiar los deseos de aquellas buenas gentes porque deseaba llegar pronto al término de su camino, así lo exijía el estado de su quebrantada salud. Aquí se despidió el Sr. Aguilar y la pequeña comitiva de S. S. I. y despues de recibir el último adios, con la bendicion del Insigne Prelado, volvieron á la ciudad que habia perdido para siempre la dicha de ver en vida á su primer Obispo.

Habian pasado unos 15 dias. Las horas de recreo y de descanso se convirtieron para el Sr. Peña en horas de confesonario y de administrar el sacramento de la Confirmacion. El pueblo de Santiago era testigo de mil fatigas vencidas por la constancia de aquel infatigable Apóstol. La obra material de aquel templo, adornado cuidadosamente, fué terminada en estos dias y S. S. I. bendijo el tabernáculo y colocó de nuevo al Smo. Sacramento.

El 13 de Junio, dia del Santo de su nombre, el Prelado recibió lleno de gozo las felicitaciones de su Cabildo y las de los demás

pueblos vecinos, como fueron: Chavinda, Tarecuato, Tingüindin y el mismo Tangamandapeo. Más, para dar lleno á los deseos de sus fieles diocesanos que le pidieron pasara á Tarecuato y Tingüindin, les ofreció, á pesar de sus enfermedades, privarse del descanso y entregarse á los grandes trabajos que trae consigo una Visita Pastoral. . . . Este celo trajo la muerte á muy pocos dias.

El Buen Pastor dá su vida por sus ovejas, ha dicho Jesucristo, y estas sublimes palabras han tenido perfectamente su significado en el Santo Obispo de Zamora.

Emprendió intrépidamente su visita á Tarecuato y despues de haber predicado ahí el Sto. Evangelio, confirmado en la fé á centenares de niños y adultos se dirigió á Tingüindin por las instancias de aquellos vecinos que siempre se han distinguido por su piedad y amor á la Sta. Religion Católica.

Los trabajos se multiplicaban cada dia mas y mas; el ardiente fuego de la caridad encendía el alma y el noble corazon del anciano atleta de Jesucristo. ¡La mies era copiosa y abundante pero los operarios eran pocos. . . . A medida que aumentaban los trabajos del sagrado ministerio el digno Obispo hacia esfuerzos supremos en medio de sus angustias y enfermedades. ¡Temblad ministros perezosos! . . . Un anciano de 78 años de edad, ocupaba toda la tarde y la mayor parte de la noche en el ejercicio del sagrado deber de apacentar sus ovejas. La víspera de la fiesta de los Stos. Apóstoles S. Pedro y S. Pablo acabó de administrar el sacramento de la Confirmacion á mas de 600 personas á las 12 de la noche. Los Sres. Curas y ministros que le acompañaban pasaron aquel tiempo y la fatiga sin

tomar alimentos. Mas el Prelado, firme como una columna, aun fué á hacer su oracion acostumbrada y velar por la salud de su Pueblo.

Amaneció el 29 de Junio y el Illmo. Señor Obispo D. José Antonio de la Peña se levanta fuerte y resuelto á continuar sus tareas apostólicas; concluidas éstas, recibe comisiones de Jaripo y ofrece ir allí á llenar los deseos de aquellos fieles que le esperan.

El dia 4 de Julio, fiesta de la Sma. Virgen María del Refugio, salió (el Illmo. Sr. Obispo) de Tingüindin con direccion al pueblo de San Angel para de allí pasar á Jaripo, Vicaría de Jacona; apenas habia caminado unas dos leguas, cuando obligado de la necesidad se bajó de la litera; pero el concurso de fieles le impide el paso pidiéndole la bendicion. ¡Tanto era el respeto y veneracion de los Pueblos hácia su muy querido Obispo! . . . Tres veces se siente afligido per la enfermedad de una inflamacion de la vegiga y otras tantas el pueblo le obstruye casi el paso y la libertad. Vino, entónces, un ataque de muerte. . . . Se doblaba á los dolores inauditos de un cólico furioso. . . . La vida del Prelado peligraba. . . . En aquella soledad; á los rayos del sol; entre las lágrimas y los dolores; sin recursos ni medicinas; sin agua siquiera. . . . ¡Oh juicios incomprensibles de Dios! . . . Los pobres sacerdotes no saben que hacer; las familias gimen desoladas, y en aquel terrible trance de la muerte, ven apagarse la vida preciosa del hombre justo, del sacerdote humilde, del Obispo modelo de resignacion y de virtud. . . .

Recibe el Sacramento de la Penitencia y despues de un penoso viaje del rancho de Huáscaro á Tarecuato, espera en este pueblo monumental los auxilios de su médico que lle-